

El origen de los estudios literarios... ¿y su fin?*

Hans Ulrich Gumbrecht
Stanford University

Nunca antes, en casi dos siglos de existencia, la disciplina académica de los estudios literarios había sentido tan intensa fascinación con su propia historia como en la última década. Este artículo pertenece a un conjunto de publicaciones que, en Europa y Estados Unidos, ha venido abriendo uno de los campos de investigación más activos para los estudiosos que se especializan en las tradiciones literarias nacionales. La indulgencia en el propio pasado intelectual e institucional no deja de producir cierto efecto de engrandecimiento auto-laudatorio. Sin embargo, cada vez con más frecuencia y más abiertamente, la historiografía de los estudios literarios es apologética —algunas veces agresivamente apologética— pero en el mejor de los casos apologética con matices de melancolía, nostalgia y remordimiento.

Sin importar si este discurso intenta mostrar lo mucho que el mundo perdería al abandonar la institución de los estudios literarios, o si, de manera elegante e irónica, anticipa su desvanecimiento sin lucha ni resentimiento, tenemos que comprender que la concentración de los estudiosos de la literatura en los orígenes de su disciplina no es independiente de la confrontación con la posibilidad real de su fin. Por lo tanto, deberíamos continuar, o mejor aún, estamos obligados a continuar afrontando los interrogantes

* Tomado de un artículo publicado en *Stanford Humanities Review* (Revista electrónica), 1988. Traducción de Beatriz Peña, revisada por Patricia Trujillo y David Jiménez.

concernientes al futuro de los estudios literarios, como interrogantes filosóficos, es decir, como interrogantes que, según Jean-François Lyotard, no tienen respuestas posibles, y que precisamente, al no tener respuestas posibles, despliegan una productividad intelectual específica. No obstante, los interrogantes concernientes al futuro de los estudios literarios se han convertido en interrogantes reales a partir del momento en que las universidades comenzaron a cerrar sus departamentos de literatura. La lógica histórica que subyace a la situación presente de los estudios literarios es trivial —pero no es tanto su trivialidad como el temor de enfrentarla lo que ha vuelto esta lógica inmencionable. Todos los fenómenos cuyo comienzo histórico se pueda rastrear son susceptibles de tener, y tendrán, un final en la historia. En vez de reprimir, disputar, o sólo lamentar este hecho, deberíamos tratar de imaginar lo que el final de los estudios literarios podría significar intelectual e institucionalmente para nosotros, para nuestros estudiantes y, tal vez, para nuestra sociedad en general. Debemos hacerlo sin insistir desesperadamente en la necesidad de rescatar nuestra disciplina. Pues la verdad es que nos enfrentamos al principio del fin. Mientras los nombres de nuestros campos de enseñanza e investigación apenas están comenzado a cambiar lentamente, las funciones sociales que condujeron a su surgimiento (descritas en la sección I) y las premisas intelectuales bajo las cuales se desarrollaron sus actividades durante su primer siglo de existencia (sección II) ya se han desvanecido casi por completo.

I.

El marco histórico general para la aparición de las filologías nacionales en el mundo académico del siglo XIX fue una divergencia entre las expectativas normativas, producidas y propagadas por el estado, acerca de lo que debe ser la sociedad y las formas recurrentes de la experiencia en la vida social cotidiana. Esta división no había existido antes de la época de las revoluciones burguesas y de los movimientos reformistas (porque las sociedades europeas tempranas no habían desarrollado tales imágenes normativas de sí mismas) y, por lo tanto, necesitaba el surgimiento de instituciones “secundarias”

capaces de mediar la brecha entre tales expectativas y tales experiencias. Lo que cubrió esta necesidad fue el amplio campo de aquellas prácticas que llamamos “de tiempo libre” (*Freizeit*).¹ Las actividades de tiempo libre han funcionado desde entonces ya sea por compensación (ofreciendo la ilusión de realización de ciertas promesas contenidas en la imagen normativa de la sociedad) o por reconciliación (como estrategias para convencer a los ciudadanos de que la brecha entre expectativas y experiencia cotidiana no ha existido en realidad). Es por ello que las actividades de tiempo libre están rodeadas por un tabú concerniente a cualquier tipo de especulación sobre su funcionamiento, ya que la compensación y los mecanismos de reconciliación están condenados a fracasar una vez reconocidos como tales.

Las nuevas modalidades de lectura literaria² se convirtieron en claves fundamentales entre las actividades de tiempo libre y podemos suponer que este *status* atrajo considerables inversiones por parte del estado para el fomento de la carrera profesoral y de los institutos de estudios literarios desde las primeras décadas del siglo XIX.³ Además de canalizar la lectura de la literatura hacia los efectos de compensación y de reconciliación, las disciplinas académicas emergentes también contribuyeron a la constitución de nuevas imágenes normativas de la sociedad, mediante la identificación y la extracción de valores éticos en los textos literarios. Esta segunda función es la que explica la gran divergencia entre los desarrollos

¹ Hay tres componentes importantes para establecer una distinción entre actividades de tiempo libre (*leisure*) y el concepto históricamente temprano de *otium*: el tiempo libre funciona como una promesa para una sociedad completa, mientras que el ocio siempre tuvo el estatus de privilegio social. El estado difundía sólo las actividades de tiempo libre (en su propio interés). Diferentes del tiempo libre, las funciones del “ocio” (*otium*) no se escondieron bajo ningún tabú (ver más adelante).

² Ver Francois Furet y Jacques Ozouf en *Lire et écrire* y Rolf Engelsing, *Der Bürger als Leser*.

³ Pienso que era más una creencia en el valor simbólico (esto es, el aura) de la literatura, y no un conocimiento consciente de las funciones específicas que, según mi tesis, cumplían la literatura y los estudios literarios, la que convenció a los políticos del siglo XIX de la necesidad de crear tales nuevas instituciones.

regionalmente diferentes de la disciplina literaria. En aquellos lugares donde los cambios en la estructura social, se percibían como resultado de revoluciones o reformas basadas en valores “humanos” universales, se esperaba que la literatura y los estudios literarios propagaran estos ideales en un amplio horizonte de textos, sin ninguna restricción nacional o histórica específica. Por el contrario, los estados que habían sido creados como reacción a momentos de humillación y derrota nacional, tendieron a inventar un pasado glorioso y remoto (un sustituto para la falta de un presente glorioso) como modelo de regeneración nacional y, por ende, favorecieron aquellos textos que ilustraban tales sueños de grandeza histórica. Bajo estas últimas condiciones, la escritura de la historia literaria y la complicada tarea filológica de edición de textos surgieron como las prácticas esenciales de los estudios literarios, los cuales consecuentemente desarrollaron estándares tempranos de profesionalización. Estas fueron las circunstancias que caracterizaron el momento de la fundación de la Germanística (*Germanistik*) en Prusia y condiciones similares condujeron al surgimiento de las filologías nacionales en Italia durante el *Risorgimento*, en Francia después de la derrota en la guerra franco-germana de 1870 a 1871 y en España después de la pérdida de las últimas colonias trasatlánticas en 1898. Solamente en Inglaterra y en los Estados Unidos, es decir, en las dos naciones que no habían sufrido tales eventos traumáticos en el siglo XIX, los estudios literarios mantuvieron su orientación hacia un horizonte de textos canonizados no restringido por el nacionalismo y hacia valores “humanísticos” generales sin ninguna modificación o crisis significativa.⁴

Si podemos decir, entonces, que los estudios literarios debieron su fundación y sus formas diferentes, nacionalmente específicas, a los conceptos normativos de “Humanidad” y de “Nación”, esto

⁴ Sólo durante un período relativamente corto, hacia finales del siglo XIX, algunas universidades americanas estuvieron tentadas a adoptar aquello que percibían como “el modelo alemán de investigación”. Ver Gerald Graff, *Professing Literature* y W. B. Carnochan, *The Battlefield of the Curriculum: Liberal Education and American Experience* (51-57).

explicaría por qué una problematización cada vez más intensa del *status* cuasi-ontológico que había caracterizado aquellas nociones de referencia causaron una permanente crisis en las disciplinas literarias desde las últimas décadas del siglo XIX, luego de casi un siglo de triunfante vitalidad. En el momento en que se cuestionaron sus horizontes disciplinarios de referencia, una cantidad de implicaciones en las que se había apoyado la práctica de los estudios literarios decimonónicos, se convirtió en problema evidente: ¿cuál era la función de los estudios literarios (si la brecha entre las expectativas normativas sobre la sociedad y la experiencia cotidiana estaba desapareciendo rápidamente)? ¿Qué textos se podían considerar “literarios” (hasta entonces la práctica institucional había atribuido este rótulo a cualquier texto que se usara en un contexto de esparcimiento o como receptáculo de normas éticas)? ¿Cuál era la relación entre el campo de la historia literaria y los campos de otros fenómenos históricos (la práctica previa simplemente había declarado que la historia de la literatura era un camino privilegiado hacia la totalidad histórica)? Tales interrogantes determinaron finalmente los espacios intelectuales de la teoría literaria⁵ y de la literatura comparada como sub-campos disciplinarios que se superponían. Dada la afición general del siglo XIX a la comparación como ejercicio intelectual y la densidad subsecuente de sus articulaciones en el mundo académico, la aparición tardía de la literatura comparada como disciplina es particularmente significativa, porque puede ser vista como la confirmación de la hipótesis de que sólo la crisis de los estudios literarios alrededor de 1900 provocó su surgimiento.⁶ La tendencia a comparar diferentes culturas nacionales y diferentes formas de expresión artística (*wechselseitige Erhellung der Künste*) probablemente alcanzó su momento de culminación hacia finales de la década de los veinte, cuando la experimentación con conceptos totalizantes de periodo, como el

⁵ Desde esta perspectiva, el formalismo ruso se puede ver como el primer paradigma de una “Teoría literaria”. Ver mi ensayo “Rekurs/Distanznahme/Revisión”.

⁶ Aquí sigo el brillante discurso inaugural de mi colega David Palumbo-Liu, “Termos da (in)diferença”. Para una documentación histórica referente a los orígenes de la “Literatura comparada” como disciplina académica, ver Weisstein (171 y ss).

Barroco o el Renacimiento, se convirtió casi en obsesión para una generación de estudiosos que tenían un interés activo, a menudo biográficamente motivado, en transgredir el nivel de las identidades nacionales como un horizonte de referencia para su trabajo. Incluso algunos críticos angloamericanos cuyo mundo profesional estaba menos afectado por estos cambios (porque su práctica casi no se había apoyado en el concepto de "nación") reaccionaron frente a la nueva situación haciendo explícitos, por primera vez, los principios de su práctica y transformándola en lo que desde ese momento se llamó *New Criticism*.⁷ Sin embargo, desde la perspectiva de mi argumento, es particularmente importante comprender que tanto la teoría literaria como la literatura comparada encontraron sus primeras articulaciones en la institución académica cuando ya había desaparecido el ambiente original, social y epistemológico, de los estudios literarios. En otras palabras, la teoría literaria y la literatura comparada fueron promovidas con la esperanza de encontrar soluciones a una crisis institucional que había problematizado la existencia misma de los estudios literarios.

Hoy en día, tenemos que admitir que la teoría literaria y la literatura comparada no han justificado las expectativas que condujeron a su fundación. La crítica literaria no ha regresado nunca a una situación en que su identidad y sus funciones sociales se consideren un hecho incontrovertible. Por lo tanto, la tan recordada atmósfera de "viaje hacia nuevos horizontes" que caracterizó los estudios literarios en los años setenta, se ve en retrospectiva casi como una repetición de la crisis que los estudios literarios sufrieron después de 1900. El llamado "*boom* teórico" de finales de los años sesenta y principios de los setenta fue provocado de nuevo por serios y persistentes interrogantes con respecto a las funciones sociales de la disciplina. Esto generó un entusiasmo renovado por los "tipos de teoría" que se habían originado a principios del siglo XX, como el formalismo y el estructuralismo, y con estas teorías volvió el deseo de encontrar una definición transcultural y metahistórica de la "literatura" (o de

⁷ Tal vez el libro más característico en este contexto es I. A. Richards, *Science and Poetry* (1926).

la literariedad). En Europa, el *boom* teórico produjo, sobre todo, una visión en ocasiones ingenua de la literatura y de la recepción literaria, como si fomentaran exclusivamente el progreso político y la emancipación social (independientemente de lo que esto quiera decir con exactitud), y de los estudios literarios como si estuvieran destinados a administrar y mediar tan saludables efectos. No es de sorprenderse, al menos bajo la perspectiva actual, que estos “sueños sociales” causaran en Gran Bretaña, entre otras cosas, una reorientación de los estudios literarios, que los alejaba de la tradición específica angloamericana y los dirigía hacia los entonces predominantes modelos continentales, ya que las implicaciones políticas de los nuevos ideales tenían un atractivo irresistible para una generación compuesta casi totalmente por jóvenes críticos de izquierda.

Sólo hace muy poco hemos aprendido a reaccionar con el debido asombro histórico frente al hecho de que en algunas sociedades europeas el estado haya honrado dichas autoasignadas funciones “críticas” y “políticas” de los estudios literarios, con la financiación de una expansión institucional nunca antes vista. La relativa expansión de los estudios literarios en el entonces rápidamente creciente sector académico norteamericano nunca fue tan dramática como al otro lado del Atlántico. Ni la reacción de los estudiosos de la literatura en los Estados Unidos frente a la crítica política de la década de los sesenta y de los setenta fue tan optimista como en Europa y Gran Bretaña. La generación de críticos norteamericanos nacidos hacia la mitad del siglo optó, más que por los sueños sociales, por un rechazo, un rechazo a seguir enseñando literatura como parte de un currículo excesivamente moral, moralizante y moralista. Puede que, desde el punto de vista de sus posiciones intelectuales, la Deconstrucción y el Nuevo Historicismo inspirado por Foucault compartan poco entre sí. Sin embargo, desde el punto de vista de aquel rechazo, fueron funcionalmente equivalentes, porque ambos problematizaron enérgicamente el carácter referencial de cualquier discurso y, con ello, el fundamento para cualquier instrucción ética. En ambos casos, los estilos analíticos también

convergián con la tradición del *close reading* propia de la *New Criticism*. Por otra parte, la Deconstrucción y la *New Criticism* fueron ambas acusadas de ser "nihilistas", especialmente por aquellos colegas de izquierda y derecha que creyeron, y aún creen, en valores sustanciales. Esta podría ser la razón por la cual, en el mercado norteamericano de estilos académicos, los "Estudios Culturales", la versión altamente social y democrática de los sueños sociales proveniente de la Gran Bretaña en la década de los setenta, haya ganado recientemente un territorio considerable a la Deconstrucción y al Nuevo Historicismo. Después de un largo intervalo de rechazo sin consecuencias extra-académicas, después de doce años de gobierno republicano, los Estudios Culturales han animado a una generación de auto-declarados revolucionarios, mi propia generación, a imponer sus visiones de la política y de la ética en el espacio académico.

II.

Luego de haber pasado por dos momentos de crisis y por varias oleadas de innovación teórica, los estudios literarios de hoy conservan sólo una tenue semejanza con las estructuras intelectuales e institucionales que caracterizaron sus primeros pasos hacia la profesionalización después de 1810. En primer lugar, la unidad entre los estudios literarios y la lingüística histórica, unidad que parecía surgir naturalmente de la tarea del descubrimiento, la edición y el comentario de textos del remoto pasado nacional, ya no existe. Después de un corto periodo de convergencia renovada en los sesenta y setenta, motivado por el empeño de desarrollar una definición de literatura válida metahistóricamente, la lingüística está ahora más lejos de los estudios literarios que de la filosofía, la historia, la sociología o la antropología. Al mismo tiempo, y lo que es aún más importante, la simultaneidad original de un enfoque estético e histórico sobre la literatura, que constituyó los estudios literarios en sus comienzos, ha desaparecido. Mientras que en el primer siglo de existencia de la disciplina pareció natural asumir que la distancia cronológica que separaba el presente de los textos del pasado intensificaba su valor estético, hoy en día las combinaciones

de aspectos históricos y estéticos se han vuelto tan excéntricas en el campo del análisis textual, que requieren de legitimaciones específicas. Pero, dado que la forma de los estudios literarios había resultado del doble uso de los textos literarios como receptáculo de valores éticos y como ilustración de momentos gloriosos del pasado nacional, la disciplina había terminado por imprimir esta doble connotación en el concepto institucionalmente dominante de "literatura". Hoy, por el contrario, nos dedicamos a proyectos históricos y filosóficos que bien podrían tener mayor complejidad epistemológica y legitimidad política que antes. Al mismo tiempo, encontramos crecientes dificultades al hacer frente a la expectativa —aún existente entre los administradores académicos y, por supuesto, fuera de las instituciones académicas— de que nuestras actividades están exclusiva o predominantemente ocupadas con discursos literarios, en el sentido canonizado del concepto de "literatura".

Es evidente que la disolución de los lazos tradicionales entre historia literaria y lingüística histórica, y en los estudios literarios, entre perspectivas históricas y filosóficas, le ha dado a la disciplina más libertad y un horizonte más amplio de escogencia para cualquier tipo de empresa transdisciplinaria. Sin embargo, tal interdisciplinaria tiene sus problemas específicos ya que tiene lugar en un ambiente epistemológico más amplio, cuya inestabilidad hace particularmente difícil —si no imposible— demostrar la pertinencia de cualquier forma de colaboración interdisciplinaria. Se podría discutir, desde una perspectiva genealógica, que esta inestabilidad tiene su origen en debates filosóficos que ocurrieron en el siglo XIX, no obstante, es cierto que han desplegado un impacto institucionalmente relevante en los estudios literarios sólo a partir de las dos últimas décadas.⁸ Esto explica por qué muchos de los paradigmas de investigación que parecían anticipar el futuro (esto es, nuestro presente) alrededor de los años setenta —desde la gramática

⁸ Tengo la impresión de que (ya sea para bien o para mal) la Historia como disciplina ha sido mucho menos afectada por procesos similares, a pesar de la fuerte influencia de historiadores filosóficamente tan sofisticados como Hayden White y Reinhart Koselleck.

transformacional vía estructuralismo, hasta las formas marxistas de la sociología literaria— parecen tan desesperadamente obsoletos desde nuestra perspectiva contemporánea. Repensar los estudios literarios es, por consiguiente, no tanto una tarea de responder a las transformaciones intrínsecas de la disciplina, sino el reto de determinar y tomar en cuenta el cambio en las condiciones extrínsecas, dentro de las cuales tendrá lugar cualquier desarrollo de la disciplina hacia el futuro.

El componente más importante de tales cambios quizá sea la crisis de conceptos tales como “verdad”, “objetividad” y “consenso” que finalmente ha llegado a afectar la erudición literaria; y resulta interesante observar que una serie de posturas intelectuales diversas converge en la provocación inicial de este cambio. Ninguna de estas posiciones se acerca más a los estudios literarios que la Deconstrucción, la cual utiliza textos literarios como evidencia para demostrar la imposibilidad de cualquier estructura significativa estable y, consecuentemente, de cualquier referencia correspondiente a un “mundo exterior de los objetos”. A partir de bases filosóficas totalmente diferentes, la influencia de la Teoría Sistémica —y, en términos más generales, del Constructivismo— sobre el clima intelectual ha venido a fortalecer este efecto. El observador sistémico de segundo nivel, por ejemplo, que está condenado a percibir constantemente la relatividad de sus posiciones y sus percepciones a causa de la inevitabilidad de la auto-observación, se vuelve un compañero extraño y, sin embargo, un equivalente funcional de la idea deconstructivista de “diferencia” (*différance*). Finalmente, mediante la práctica de una nueva forma de historiografía, más que con argumentos filosóficos igualmente complejos, los libros de Michel Foucault han popularizado la convicción de que cualquier cosa que se encuentre más allá del nivel de los discursos histórica y culturalmente específicos, permanece inaccesible a la penetración humana, y que aquella esperanza de alcanzar la “verdad” fue por sí misma el resultado de tal red discursiva.

Aunque no sabemos si, en últimas, este clima filosófico devaluará o aumentará la reputación interdisciplinaria de la disciplina literaria, un ambiente epistemológico que problematiza la posibilidad de describir el presente ha hecho definitivamente imposible cualquier exigencia de predicción del futuro, incluyendo el futuro de disciplinas académicas como los estudios literarios.⁹ La única posibilidad que queda para tener acceso al futuro parece estar en la forma operacional de “cálculos de riesgo”, donde las consecuencias positivas relacionadas con la realización exitosa de ciertos proyectos se yuxtaponen y comparan con las pérdidas que su fracaso acarrearía. Lo que normalmente proporcionan tales cálculos de riesgo, es la posibilidad de comprar (y evaluar) un seguro que cubra los costos potenciales de posibles fracasos —pero, por supuesto, es difícil (aunque no imposible) imaginar que los jóvenes estudiosos que optan por un futuro profesional en los estudios literarios busquen tal protección financiera. Sin embargo, hay una lección importante que se esboza en este cambio en el estatus del futuro. Mientras que tradicionalmente tratábamos de predecir el futuro de las instituciones, confiando en las observaciones de “leyes”, o al menos “tendencias”, en su desarrollo pasado y presente, se ha vuelto necesario diseñar proyectos cuyas posibilidades de realización podamos evaluar —si al fin al cabo queremos especular sobre el futuro de maneras más o menos “razonables”.

En el punto de encuentro entre tales cambios en el estatus del conocimiento que producimos y en las condiciones bajo las cuales esperamos tener acceso al futuro, debemos aprender a ver la temporalidad del conocimiento —específicamente la temporalidad de las teorías— desde un nuevo ángulo.¹⁰ En términos generales, dos son los modelos que han dominado nuestro pensamiento acerca de la temporalidad de las teorías: o bien se ha concebido como el ideal de una aproximación creciente entre las teorías y el mundo de las referencias (el cual, en este primer modelo, era imaginado como un mundo estable), o bien como una adaptación en marcha de las

⁹ Ver Niklas Luhmann, *Beobachtungen der Moderne* (129- 148).

¹⁰ Ver mi ensayo “Ende des Theorie- Jenseits?”.

teorías a los cambios que tienen lugar en el mundo referencial. Mientras sólo el primer paradigma tenía una connotación de progreso, ambos implicaban la suposición de que las teorías cumplen funciones de representación. Sin embargo, en una situación en la que precisamente esta suposición está desapareciendo, la esperanza de que las teorías se puedan tal vez “mejorar” o “mantenerse al día con la realidad”—en otras palabras: la expectativa de un “desarrollo” y, en consecuencia, de un “futuro” predecible para las teorías—debe desaparecer. Tal como Derrida argumenta en *De la gramatología* (*Grammatologie*), nunca seremos capaces de dejar atrás la era de la metafísica (esto es, la idea de que el lenguaje cumple funciones de representación), pero tampoco podemos conservar nuestra creencia en la metafísica (8 y ss). Al problematizar la función representativa de las teorías, el presente epistemológico parece encerrarnos en una oscilación constante entre la esperanza de aferrar la realidad en cada diseño renovado de teorías y la deconstrucción de tales creencias. Mientras tanto, la idea de un desarrollo de las teorías se transforma en expectativas de una proliferación infinita de teorías donde emergen nuevas posiciones a partir de una problematización mutua y constante de sus *status*.

Y como si nuestra situación epistemológica no fuera ya lo suficientemente compleja, parece coincidir con la pérdida de coherencia de la noción de “literatura” y con un notorio desvanecimiento de su aura cultural—dentro y fuera de los estudios literarios. En este contexto, la percepción de la inviabilidad de un concepto-común denominador que podría incluir todas las variedades culturales e históricas de los fenómenos que rotulamos como “literatura”, sólo contiene una provocación comparativamente débil. Pues, si nos fuerza a abandonar nuestros intentos de desarrollar “definiciones de literatura” transculturales y metahistóricas (tan apreciadas por nuestros predecesores alrededor de 1970), el descubrimiento de tal heterogeneidad no tiene por qué impedir a los estudios literarios la constitución de un campo disciplinario más o menos coherente, el cual tendría que basarse ahora en el principio del “parecido de familia”. Sin embargo, es cierto que nos hemos vuelto reacios (y

pienso que por buenas razones) a atribuir sin ambigüedad funciones pedagógicas o éticas claras a la lectura de la literatura —tal vez con la excepción de algunos seguidores demasiado impacientes (y de lectores apresurados) de la deconstrucción. Como regla general, hoy más que nunca en los últimos dos siglos, tales atribuciones requieren de argumentos mucho más sofisticados, y el recientemente renovado interés por la estética filosófica podría ser un resultado de esta creciente presión. No es sorpresa que las muchas investigaciones, típicas de los años setenta, sobre las contribuciones de la literatura al establecimiento de hegemonías políticas, culturales y hasta económicas, terminaran generando tales efectos de escepticismo —difícilmente lamentables. Si, paradójicamente, nuestro ambiente social —y esto podría ser especialmente verdadero para la situación norteamericana— pareciera seguir más convencido de los valores inherentes a la lectura de la literatura que los mismos críticos literarios, la sobrevivencia de tales actitudes entre el público cultural no debería hacernos pasar por alto que, siendo una forma social de esparcimiento, la lectura de literatura tiene un número mucho mayor de competidores que antes. Dondequiera que la lectura aún sea una forma vívida de interacción cultural, su marco social de referencia tiende más a ser el de una minoría reprimida o marginalizada que el de un (más o menos triunfante) estado-nación. Así, se ha dicho que la literatura no ha jugado un papel en el proceso de la reunificación de Alemania, pero indudablemente ha hecho valiosas contribuciones a la formación de la identidad en sociedades africanas emergentes.¹¹ Mientras que la lectura literaria ha sido clave para la teoría feminista y para el desarrollo de nuevas formas de auto-referencia entre los homosexuales y las lesbianas, enfrenta crecientes dificultades para mantener su lugar en programas nacionales de educación.

Finalmente, ya es hora de repensar honestamente las relaciones entre los estudios literarios y su entorno político concreto. Mientras que hoy en día el sueño máspreciado de muchos críticos literarios de todo el mundo occidental continúa siendo la ilusión de que las

¹¹ Ver Wlad Godzich, *Philosophie einer un-europäischen Literaturkritik* (29- 46).

autoridades políticas y las instituciones temen nuestro potencial “subversivo” (si no “revolucionario”) y, por ende, están constantemente interesados en controlar y reprimir nuestras actividades, una evaluación más realista de nuestro presente probablemente identificaría, como el problema más serio, la falta de tal resistencia y, tal vez, la falta general del interés público en nuestras actividades. ¿No es acaso asombroso que los gobiernos, los contribuyentes y los padres hayan financiado consistentemente disciplinas académicas cuyas funciones distan mucho de ser obvias hasta para sus practicantes? ¿No debería darnos confianza —o tal vez desesperanza— que este apoyo apenas haya cambiado en el siglo XX a pesar de todas las transformaciones en los programas y las auto-definiciones de los estudios literarios en el siglo XX, y que no haya siquiera una fuerte reacción negativa frente a nuestras ambiciones de volvernos “subversivos”? La nueva ansiedad de los académicos alemanes, por ejemplo, por diseñar secuencias curriculares que preparen a los estudiantes para ser “profesionales prácticos” en el campo cultural,¹² probablemente es más un resultado de su propia inseguridad que de una adaptación obligatoria a las presiones políticas externas. Al mismo tiempo, algunas universidades norteamericanas parecen haber entristecido a sus alumnos y benefactores, pero no haberlos irritado realmente, al restringir el componente literario en sus currículos. Tales experiencias sugieren que el principal problema institucional para el futuro de los estudios literarios no radica tanto en la falta de apoyo como en la falta de una retroalimentación indispensable para formarnos una imagen más clara de las expectativas externas con respecto a nuestra profesión.

III.

Deberíamos, por lo tanto, aprender a asumir la responsabilidad por el futuro de nuestras disciplinas (quizá, podría decirse, incluso por su futuro después de su fin) en lugar de quejarnos de una sociedad que no merece la bendición de nuestro propio gusto cultural

¹² Ver mi informe, “Mission Accomplished” (37-39).

(siempre maravilloso, claro). En ausencia de cualquier forma de política cultural por parte del estado, que necesariamente caracteriza la situación norteamericana, no hay excusa para que las universidades no traten de llenar esta brecha. Y bajo las condiciones europeas nuestras disciplinas perderán toda credibilidad si continúan explicando la falta de proyectos inspirados mediante una —inexistente— hostilidad por parte de los políticos. En realidad, los políticos y los administradores están a menudo más profundamente convencidos que nosotros de los valores existenciales inherentes a la literatura. Por lo tanto, un serio interrogante sería si nosotros debemos fingir, de una manera algo cínica, que compartimos y apoyamos su sistema de valores culturales o si tendríamos que aceptar el riesgo que sobrevendría al admitir que estamos defendiendo una causa —la literatura y los estudios literarios— acerca de la cual sólo quedan, desde el punto de vista epistemológico y sociológico, muy pocas suposiciones obvias. Sea cual sea la estrategia que adoptemos, el conservatismo cínico o la potencialmente costosa sinceridad, es claro que una reforma y una redefinición puramente intrínsecas de los estudios literarios como disciplina se ha vuelto obsoleta hace ya tiempo. Lo que los académicos de la literatura tienden a percibir como una crisis de su propio campo, es parte de una transformación mucho más dramática de las humanidades en general, transformación cuyo resultado dependerá de la formación de una nueva relación epistemológica, institucional y práctica entre las humanidades y las ciencias.

¿Por qué se debería insistir en mantener una identidad orientada hacia la tradición en los estudios literarios en este contexto de cambio? Y, por otra parte, ¿por qué habría que asumir que, en el futuro, aquellas habilidades y formas de competencia que los estudios literarios han moldeado y cultivado en el pasado no serán útiles? Esta parece ser la pregunta sorprendentemente poco dramática del momento: ¿en qué proyectos, programas y quizá, incluso, disciplinas del futuro podríamos y deberíamos invertir todo lo que hemos aprendido como académicos de la literatura?

Bibliografía

Charnochan, W. B. *The Battlefield of the Curriculum: Liberal Education and American Experience*. Stanford: Stanford University Press, 1993.

Derrida, Jacques. *Grammatology*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1974.

Engelsing, Rolf. *Der Bürger als Leser*. Stuttgart: Metzler, 1974.

Furet, François y Jacques Ozouf. *Lire et écrire*. Paris: Editions Minit, 1977.

Godzich, Wlad. *Philosophie einer un-europäischen Literaturkritik*. München: W. Fink, 1988.

Graff, Gerald. *Professing Literature*. Chicago: University of Chicago Press, 1987.

Gumbrecht, Hans Ulrich. "Rekurs/Distanznahme/Revision. Klio bei den Philologen". *Diskurs der Literatur—und Sprachhistorie. Wissenschaftsgeschichte als Innovationsvorgabe*. Hans Ulrich Gumbrecht y Bernard Cerquiglini, eds. Frankfurt: Suhrkamp, 1983.

_____. "Ende des Theorie- Jenseits?". *Zukunft oder Ende. Standpunkte / Analysen / Entwürfe*. Rudolf Maresch, ed. München, Boer, 1993. (40- 46).

_____. "Mission Accomplished". *Berufbezogen studieren. Neue Studiengänge in den Literatur-, Kultur- und Medienwissenschaften*. Günter Blamberger, Hermann Glaser und Ulrich Glaser, eds. München: Beck, 1993.

Luhmann, Niklas. *Beobachtungen der Moderne*. Opladen: Westdeutscher Verlag, 1992.

Palumbo-Liu, David. "Termos da (in)diferença: cosmopolitismo, política cultural e o futuro dos estudos da literatura". *Cadernos da Pós/ Letras* 14 (1995): 46-62.

Richards, I. A. *Science and Poetry*. London: K. Paul, Trench, Trubner & Co., 1935.

Weisstein, Ulrich. *Comparative Literature and Literary Theory: Survey and Introduction*, Bloomington: Indiana University Press, 1973.



Notas, Entrevistas y

Reflexiones